

La Catalunya deprimida

En Navidad, las organizaciones comprometidas con la cohesión social tienen que trabajar el doble: los sentimientos afloran, las ausencias se hacen dolorosas y los estados de ánimo se radicalizan. Estos días, en el Raval de Barcelona, la depresión autóctona ha golpeado con fuerza.

“En las casas, los hijos de familias que viven desde siempre en el barrio sólo ven desánimo, frustración y desesperanza; son niños que viven un ambiente de derrota y piensan que, de mayores no tendrán oportunidades. Para los hijos de la inmigración, los que han llegado en patera, lo peor ya ha pasado; la crisis es un obstáculo más”. Así lo ha visto estos días Josep Masabeu, el presidente de Braval, uno de los voluntariados más activos del barrio. Y no es un buen presagio. Es una imagen desgarradora del estado real de las cosas, que podría extenderse a todas nuestras ciudades.

Catalunya va camino de una depresión extrema, que amenaza con arrastrar el país y las instituciones al colapso. Es una enfermedad que nos afecta individualmente y también como comunidad, y que parece agravarse a cada medida que adoptan las administraciones públicas. No lo quieren reconocer, pero hace meses que la situación se ha desbordado y está fuera de control. Los esfuerzos por enderezarla están siendo inútiles y los recursos empleados se los lleva la riada. De hecho, sin darnos cuenta, cada día perdemos derechos individuales y colectivos, desaparece parte de nuestra riqueza y perdemos poder político como país. El día después de la crisis, el balance será desolador.

Con todo, la política no reacciona. A menudo, más que una solución es parte esencial del problema: la falta de unidad, la ausencia de proyecto, el pesimismo que se propaga desde las instituciones –y el que proyectamos los medios–, el escaso sentido colectivo de partidos y organizaciones sociales y la lentitud en las decisiones van en contra de la recuperación. El episodio del retraso en los pagos a los funcionarios, y las extrañas retenciones indebidas de IRPF, son muestras extremas de la

pésima influencia de la gestión pública en el día a día.

Tampoco ayuda la sensación de que cada día se destruyen activos que hemos tardado años en construir; que se dejan a medio hacer infraestructuras imprescindibles, aunque sea más caro parar que acabarlas; que se propone eliminar del calendario actividades (como las carreras de coches y de motos) sin presentar un estudio de impacto económico; ni que se retiren inversiones en investigaciones que podrían ser nuestra salvación económica en

jes y a partir de ahora por receta médica.

La Generalitat sale cara y con la crisis los beneficios prácticos no se ven. Quizás por eso algunas voces predicán que el autogobierno no sirve para nada. No puedo estar más en desacuerdo. La culpa no es de las instituciones, sino de las personas y de los errores de muchos años. Descartados los pactos de país que muchos reclamamos y que los partidos no quieren, los líderes tienen la responsabilidad de marcar el camino y el calendario y aclarar con qué apoyos. Pero es momento para estar

alerta ante quienes con afán partidista pretendan disimular su fracaso conduciéndonos hacia atrás o a guerras que no podamos ganar.

Las depresiones suelen ser el preludeo de reacciones viscerales o de la inacción definitiva, dos actitudes que llevarían Catalunya a una derrota durísima. Todavía estoy quemado por la enorme traición de muchos de nuestros dirigentes después de la batalla del Estatut y de la manifestación del 10 de julio del 2010: primero gesticularon en exceso; después, desaparecieron y nos dejaron solos.

Sería hora de asumir de una vez la realidad. Deberíamos acabar con los alineamientos partidistas de la transición y agruparnos en función de la Catalunya del 2012; reforzar las instituciones; hacerlas cómplices de los ciudadanos; reactivar la economía, relanzar la cultura y cohesionar socialmente el país.

De hecho hay algunos indicios de reactivación moral. En la calle y en el trabajo se explica que la gente empieza a ser más comprensiva, menos exigente, menos egoísta. Puede ser otro paso hacia la depresión o un cambio de actitud hacia la recuperación. La voluntad existe; es responsabilidad de los líderes conducirla.

Sólo cuando volvamos a ser fuertes podremos exigir el respeto de todos. Y si no llega, será el momento de decidir: o más España, porque el autogobierno es ineficiente, o la independencia, porque el Estado español nos ahoga. Pero para decidir libremente hace falta ser fuertes. Tomar decisiones desde la depresión nos llevaría a una derrota todavía más dolorosa que la crisis actual.●



JOMA

el futuro. La lista es larga y el daño causado al consumo, a la economía productiva y a la moral del país es extraordinario.

Cuando la política deja de ser un estímulo a la prosperidad y pasa a ser un obstáculo, pierde su razón de ser. Dejemos de buscar excusas para la desafección; los ciudadanos se cansan cuando no perciben beneficios y por el contrario tienen que pagar un precio elevado para mantener a las castas de instalados. En el caso del autogobierno, la sensación se agrava cada día. Lo resumía Màrius Carol en estas páginas: los catalanes ya somos (con Aruba y Suecia) los que pagamos más IRPF del mundo y pagamos más que nadie por las transmisiones, la gasolina, por firmar las hipotecas, los transportes, el agua, los pea-